

Yukio Mishima

Guadalupe Loaeza

El pasado 14 de enero, Yukio Mishima hubiera cumplido ochenta y tres años, sin embargo nada más vivió cuarenta y cinco porque decidió morir por su propia mano en un complejo ritual, huyendo así por la puerta falsa... Después de consultar varias biografías de Mishima, su suicidio pareciera una novela escrita por él mismo. Como dice Marguerite Yourcenar: “Su suicidio fue una de sus obras”.

Lo primero que el escritor japonés Yukio Mishima hizo la mañana del 25 de noviembre de 1970 fue llevar a lavar su auto blanco, en compañía de cuatro estudiantes, amigos suyos. Se trataba de un coche nuevo, comprado unos meses antes, exclusivamente para ser utilizado en ese preciso día. Una vez que había quedado completamente limpio, el grupo regresó a casa del escritor, el cual tenía puesto su uniforme de samurái. Antes de volver a salir a la calle, Mishima se encargó de dejar la orden de que su más reciente novela, *El ángel en descomposición*, fuera llevada al editor. Junto, dejó escrita una brevenota: “La vida humana es breve, pero yo querría vivir siempre”. Inmediatamente después, tomó su cartera, en la cual llevaba escondidas dos espadas cortas y salió a la calle para subir a su automóvil. Al abordarlo, se dirigió a sus compañeros y les comentó con cierto sentido del humor, como si comentara una broma, raro en él, ya que Mishima era más bien hosco:

—Si esto fuera una película, éste sería el momento en el que se oyerá una música sentimental.

Ninguno de los que los vieron pasar por la calle se imaginaron ni por asomo el destino de los cinco pasajeros, sobre todo al ver al conductor silbando una canción “sentimental” para acompañar esa “escena de película” mientras sus cuatro acompañantes cantaban alegremente. Al cruzar velozmente por las calles de Tokio, Mishima pasó a un lado de la escuela donde a esas horas estudiaba Moriko, su hija de once años.

Para 1970, Mishima era considerado como uno de los grandes escritores de Japón. Su prestigio era tan grande que el portentoso novelista japonés, Yasunari Kawabata, al recibir el Nobel de Literatura en 1968, declaró lo siguiente:

No comprendo cómo me han dado a mí el Premio Nobel existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos. Tiene un don casi milagroso para las palabras.

No está de más recordar que Mishima ha sido comparado con autores como André Gide y Marcel Proust. Puede decirse que Mishima era entonces una de las grandes personalidades literarias de Japón. Por esta causa, nada tenía de extraño que esa mañana de fines de noviembre, el novelista visitara al general Mashita, jefe del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa del Japón.

Desde 1967, el escritor era miembro de estas Fuerzas de Autodefensa, en donde tuvo un constante entrenamiento. Al año siguiente, formó la Sociedad Escudo (*Tatenokai*), inspirado en sus lecturas del *Hagakure* (un manual de ética del samurái escrito a principios del siglo XVIII). Gracias a su constante ejercicio, Mishima logró tener un atlético cuerpo del que se sentía tan orgulloso que frecuentemente se retrataba semidesnudo y, a veces, completamente sin ropa. Asimismo, le gustaba ver su

cuerpo musculoso reflejado en el espejo, en las posiciones más sensuales.

Al llegar a la oficina del general Mashita, fue recibido de inmediato junto con sus acompañantes. Lo primero que notó el General fue la espada que Mishima llevaba en el cinto:

—Estas espadas están prohibidas actualmente, ¿qué la policía no les pone obstáculos para llevarlas en público?

—Es que es una pieza de museo, mi General, es del siglo XVI.

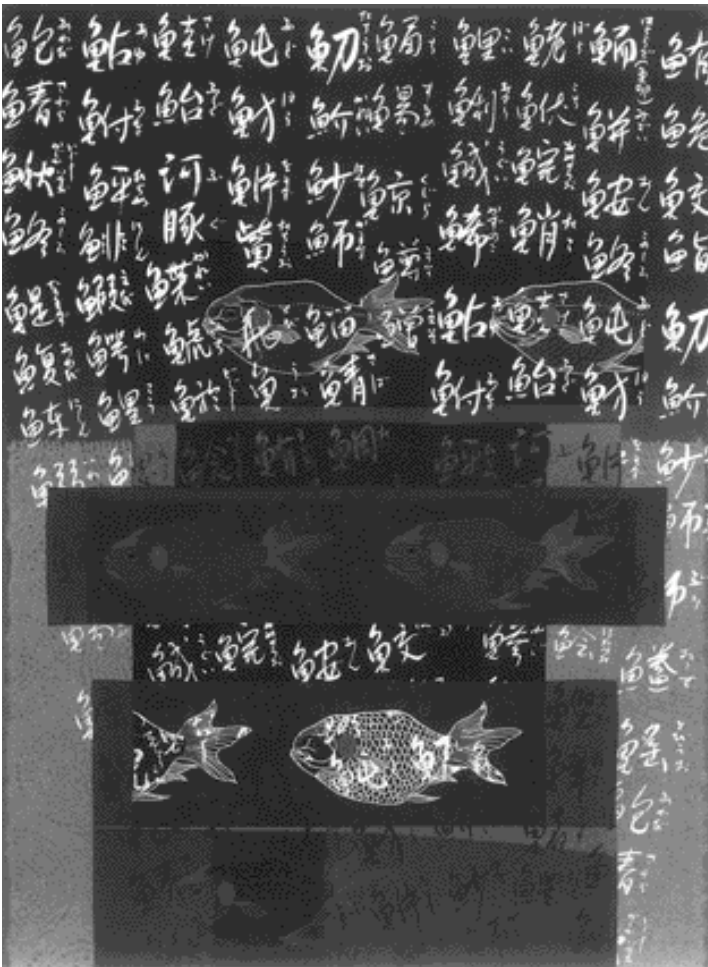
—¿Me permite verla?

Dice el biógrafo Juan Antonio Vallejo-Nágera, quien viajó a Japón para documentar este pasaje, en su libro *Mishima o el placer de morir* (Planeta, Barcelona, 1983), que el general Mashita pidió un pañuelo para poder limpiar la espada y poder analizarla con mayor detenimiento. Como buen conocedor de armas antiguas, el General levantó la espada hacia la luz, así es que en esta posición, se convertía en una presa fácil. De inmediato, el grupo de acompañantes de Mishima lo amordazó con rapidez y lo sentó en un sillón, con las manos atadas. Uno de los militares que se encontraba a punto de entrar a servir el té, se asomó por la cerradura para saber si era el momento adecuado para servirlo. Al enterarse de lo que ocurría, los militares comenzaron a golpear la puerta; evidentemente, Mishima no contaba con este imprevisto, así es que con gran nerviosismo, sacó las dos espadas de su cartera para poner una de ellas muy cerca del cuello del General.

No hay duda de que Yukio Mishima (1925-1970) fue un personaje que vivió al límite. Toda la vida procuró presenciar escenas extremas con la mayor impasibilidad. La escritora francesa, Marguerite Yourcenar, en su extraordinario ensayo *Mishima o la visión del vicio* (Seix Barral, Barcelona, 2003), recuerda que el padre del escritor fue una figura muy vaga en su existencia:

Sabemos muy poco acerca de él; sólo un gesto que nos sorprende: en tres ocasiones, durante sus paseos a través del campo, a lo largo de la vía férrea, levantó, nos dice, al niño en sus brazos, a un metro apenas del expreso que pasaba furiosamente, dejando que el pequeño fuese afectado por aquellos torbellinos de velocidad, sin que éste, ya estoico o tal vez petrificado, lanzase un solo grito.

¿Cómo es posible que uno de los mejores escritores japoneses, dueño de una de las sensibilidades más delicadas, sea al mismo tiempo un personaje lleno de tanta violencia? ¿Cómo es posible que con esa sensibilidad no se inmutara ante el dolor ajeno? ¿Hay algo de la cultura de Japón que se escapa a la comprensión de Occidente? Como dice la misma Yourcenar, el hecho de que el joven Mishima haya eyaculado ante la imagen de



Karyn Young, *Sea Bound*, 1989

Guido Reni que representaba a san Sebastián (el santo que murió a causa de una lluvia de flechas), habla de cómo el arte japonés no conoció “como el nuestro, la glorificación del desnudo”. Ningún samurái habría muerto de esa manera, nunca ningún guerreiro de Japón habría tenido esa voluptuosidad a la hora de su muerte: “Los héroes del Japón antiguo aman y mueren con su caparazón de seda y acero”, escribió la autora de *Las memorias de Adriano*.

Por otra parte, hay que notar que el niño Hiraoka Kimitake —como se llamaba en realidad Mishima— creció lejos de sus padres, ya que fue puesto al cuidado de su abuela, una mujer anciana y enferma que lo mantuvo recluido durante su niñez. Dice la estudiosa Diane Margerie (en su prólogo en el libro *Correspondencia entre Kawabata y Mishima*, publicado en Argentina en 2003) que esta abuela era un personaje completamente novelesco: “Tiránica, enferma, de carácter fantasioso y extravagante, fuertemente presente con su pronunciado gusto por la puesta en escena”. Desde muy niño Mishima estuvo cerca de las crisis nerviosas de esta mujer, aprendió a vendar sus llagas y la llevaba al baño. A

No cabe duda que la belleza es esencial para Mishima, aunque en su caso le provoca el deseo de matar y de destruir. Su suicidio puede verse como las variaciones que tiene el instinto de la autodestrucción.

veces hasta la bañaba. Estaba al pendiente de sus medicinas. Y por si fuera poco, lo obligaba a llevar vestidos de niña confeccionados en brocados muy ricos y en colores delicados. Frecuentemente acompañaba a la abuela a representaciones de obras de teatro siempre sangrientas que fascinaban a la madre de su padre. “A los ocho años, tenía una enamorada de sesenta”, escribió el propio Mishima.

También es importante mencionar que la relación del escritor con la belleza y con la sexualidad fue sumamente compleja. En su libro *Memorias de una máscara* (1949) de la editorial Seix Barral, una versión novelada de su vida, narra su primera experiencia de atracción erótica:

Era un muchacho que venía hacia nosotros, con las mejillas rojas y ojos brillantes; llevaba alrededor del cabello un rollo de tela sucia a modo de venda. Bajaba por la pendiente llevando, con la ayuda de una vara, dos cubos de basura sobre un hombro, equilibrando con destreza sus pies al avanzar. Era un basurero, un recolector de excrementos. Vestido como un obrero, calzado con sandalias de suela de caucho, sus piernas estaban cubiertas por un

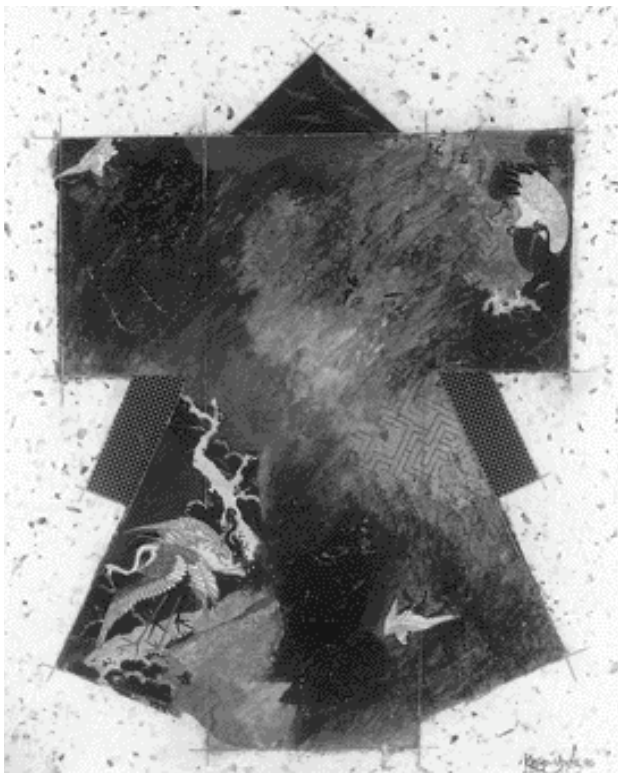
pantalón azul oscuro de tipo ajustado, de los que se conocen como “calzas”. Aunque en ese momento no me daba cuenta con claridad, a mis ojos representaba la revelación de cierto poder, el primer llamado que me hacía una voz extraña y secreta. Es significativo que esto se me haya manifestado bajo la forma de un basurero: el excremento es un símbolo de la tierra y, sin ninguna duda, era el amor malévolo de la Tierra Nutricia el que me llamaba. En tonces tuve el presentimiento de que en este mundo existe un tipo de deseo parecido a un dolor agudo. Levantando mi vista hacia ese joven mugriento, me sentí ahogado por el deseo y pensé: “Quiero cambiarme por él, quiero ser él”.

Este magnífico libro es, según Diane de Margerie, el primero que en Japón habló de manera abierta sobre la homosexualidad. Tal vez, lo más impresionante de este pasaje sea que Mishima se refiera al deseo como “un dolor agudo”. No hay duda de que el novelista deseó tanto ser ese joven que al final de cuentas logró tener la apariencia física que tanto anhelaba. No obstante, su relación con la belleza siempre fue sumamente conflictiva. En primer lugar porque Mishima siempre relacionó el desafío con la carne; y, en segundo, porque creía que era necesario profanar y matar la belleza por ser demasiado hermosa. Así pues, no cabe duda que la belleza es esencial para Mishima, aunque en su caso le provoca el deseo de matar y de destruir. Su suicidio, concluye Diane de Margerie, puede verse como las variaciones que tiene el instinto de la autodestrucción: “el horror por la vejez, el deseo de alcanzar la belleza, la fascinación por la muerte y el deseo de alcanzarla con el ser amado”. No hay duda que el miedo a la vejez es una constante en algunos suicidas por ejemplo Miroslava, Rita Macedo y Lupe Vélez. No es extraño, entonces, pensar que Mishima, histriónico como era, hubiera terminado por recurrir al suicidio.

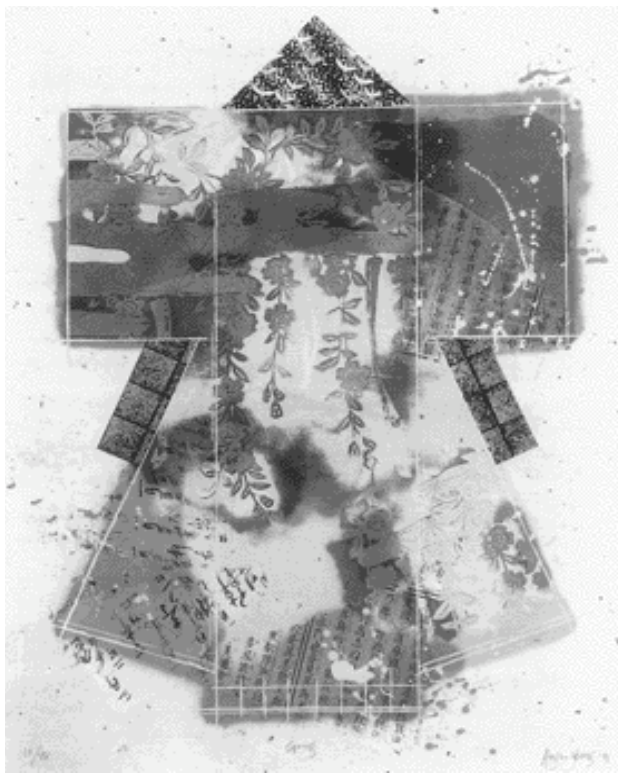
Pero volvamos a la oficina del general secuestrado por el grupo de amigos de Mishima. Vallejo-Nágera relata que el ejército japonés tenía terminantemente prohibido disparar sobre un civil en cualquier condición. Así es



Yukio Mishima



Karyn Young, *Tsuru*, 1996



Karyn Young, *Spring*, 1991

que los secuestradores del general Mashita estaban seguros de que nadie dispararía sobre ellos. Luego de dos intentos de penetrar en la oficina, Mishima los amenazó con matar al General si volvían a intentar otro rescate. Las condiciones para no hacerle nada a Mashita son: reunir a mil hombres bajo la ventana de la oficina para que puedan escuchar la arenga del novelista y de sus cuatro acompañantes (Chibi Koga, Ogawa, Furu Koga y Morita —el amante de Mishima); deben guardar silencio y no intimidar a los secuestradores. Pretendiendo que el General dé la orden para que el grupo sea obedecido, Mishima le quitó la mordaza, pero el militar comenzó a gritarle: “¡Paren este desatino!”.

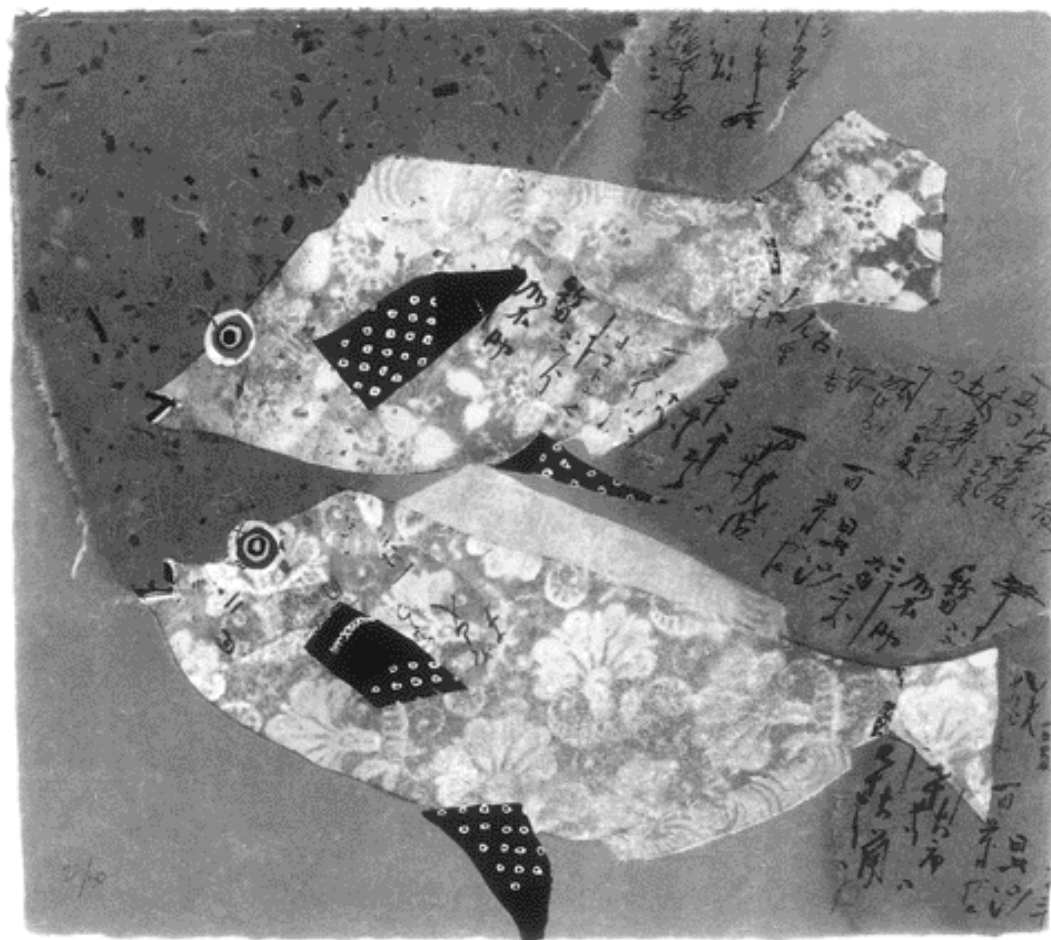
Rápidamente, llegaron policías, ambulancias, unidades antidisturbios, dos helicópteros de la policía y, sobre todo, cámaras de televisión y micrófonos de radio. Todo Japón pudo contemplar esta escena en vivo en sus televisores, asimismo, pudo ver la salida de Mishima al balcón de la oficina mientras gritaba:

Vemos al Japón emborrachándose de prosperidad y hundándose en un vacío del espíritu... Vamos a devolver su imagen y a morir haciéndolo... El Emperador ya no ocupa en el Japón el lugar que le corresponde...

Escuchemos la voz de Marguerite Yourcenar relatando esta escena tan cómica pero a la vez, tan trágica:

Las injurias, las palabras malsonantes, ascienden hacia él. Las últimas fotografías lo muestran con el puño crispado y la boca abierta, con esa fealdad especial del hombre que grita o que aúlla, un juego fisonómico que denota ante todo un esfuerzo desesperado para hacerse oír, pero que recuerda penosamente las imágenes de los dictadores y de los demagogos, sean del lado que sean, que desde hace medio siglo han envenenado nuestra vida. Uno de los ruidos del mundo moderno se agrega enseguida a los abucheos: un helicóptero que han solicitado da vueltas por encima del patio, llenándolo todo con el estruendo de sus hélices.

Entonces Morita, el más joven de sus seguidores, aquel que tenía un gran parecido con el amado del joven Mishima y cuyo retrato se encuentra en *Memo - rias de una máscara*; Morita, salió de la oficina con una bandera de tela blanca en la que se leen sus peticiones. Mishima comenzó a hablar pero todos los militares lo recibieron con abucheos, dicen que ni siquiera los que estaban en la primera fila podían entender qué decía el novelista. En las pantallas de televisión sólo se escuchaban los gritos de los militares: “¡Baja de ahí, fantoche!”. Con una gran frustración, Mishima regresó a la oficina, y sólo volteó a ver a sus compañeros para decirles: “Creo que no me entendieron bien”.



Karyn Young, *Fish Gotta Swim*, 1993

Escribe Marguerite Yourcenar que Mishima se sentó a un metro del general, y ejecutó punto por punto, su suicidio:

Había pedido a Morita que no lo dejase sufrir mucho tiempo. El muchacho abate su sable, pero las lágrimas le empañan los ojos y sus manos tiemblan. Sólo consigue infligir al agonizante dos o tres horribles cuchilladas en la nuca y en el hombro. “¡Dame!” Furu-Koga, (uno de los del grupo), empuña diestramente el sable y, de un solo golpe, hace lo que había que hacer. Mientras tanto Morita se ha sentado en el suelo a su vez y toma la daga que estaba en la mano de Mishima. Pero le fallan las fuerzas y sólo se hace un profundo arañazo. El caso está previsto en el código samurái: el suicida demasiado joven o demasiado fuera de sí para hacer bien el corte, debe ser decapitado. “¡Adelante!” Es lo que hace Furu-Koga.

Una vez que los cuerpos de Mishima y Morita quedaron tendidos sobre el suelo, los jóvenes acompañantes

liberaron al general Mashita. Más tarde, el cuerpo de Mishima fue sacado del lugar en una caja de madera. Por alguna razón, los periodistas de radio y de televisión rodearon la caja y acercaron sus micrófonos a la tapa de madera. Para los japoneses, el histriónico suicidio de uno de sus mejores escritores significó una auténtica conmoción. Hay que recordar que no se había producido ningún *harakiri* desde los meses siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses llevaban veinticinco años de no hablar de este tema. Así es que nadie suponía que Mishima llevaba seis años planeando su propia muerte. Apenas unos meses antes de su suicidio (el 6 de julio de 1970), había escrito a Kawabata, su maestro, una carta llena de desilusión y de desencanto:

Cada gota de tiempo que se escurre me parece tan preciosa como un trago de buen vino, y ya he perdido casi todo interés por la dimensión espacial de las cosas. Este verano iré de nuevo a Shimoda con toda mi familia. Espero que sea un bello verano. [U]